

PERSPECTIVAS DEL ESTADO MEXICANO*

¿Crisis o transición?

MIGUEL BASÁÑEZ

Casi sin temor a equivocarnos podríamos decir que el término que más se ha oído en México durante los últimos doce meses ha sido el de “crisis”. Tanto en el discurso político como en la discusión académica; en el lenguaje de los medios masivos de comunicación como en la vida diaria de los mexicanos, las referencias a la “crisis” han sido cotidianas, incesantes y repetidas.

Las universidades del país han celebrado diversos seminarios para discutir el tema; el Presidente de México ha utilizado 23 páginas en su discurso de toma de posesión y del primer informe de gobierno para analizar el problema; los editorialistas no cesan de referirse al punto; la revista *Nexos* ha dedicado tres de sus números al tema; la radio, la prensa y la televisión diariamente nos presentan noticias que explican, profundizan o atenúan “la crisis”.

El título de este ensayo ¿Crisis o transición? es un cuestionamiento a la interpretación convencional de los sucesos en México a partir de febrero de 1982, en que el peso inició sus devaluaciones que lo llevaron de 25 a 150 por dólar y que culminaron en la nacionalización de la banca privada. Varias preguntas pueden formularse para esclarecer el tema: ¿Ha vivido México realmente una situación de crisis, o lo que así se ha llamado son manifestaciones de un proceso de transición? ¿Hay alguna diferencia sustancial de conceptualizar en una u otra de estas formas? ¿Es posible establecer indicadores que nos permitan sobre bases más empíricas dilucidar la paradoja?

En mayo de 1982 celebramos en El Colegio de México una mesa redonda sobre las perspectivas del sistema político mexicano, con la participación de R. Camp, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Carlos Sirvent y Sergio Zermeño, entre otros. La discusión del tema “crisis” ocupó una parte importante de la sesión. Camp expuso, como resultado de las entrevistas que había realizado entre dirigentes públicos y privados de México en esa fecha, la coincidencia de opiniones sobre estar frente a una situación de crisis y una perspectiva de debilidad

* Ponencia presentada en el XI Congreso de LASA, México D. F., septiembre de 1983.

creciente del sistema. La opinión de los participantes a la mesa redonda objetó en su mayoría la visión de los dirigentes entrevistados por Camp y nos apartamos de una explicación en términos de "crisis". Se propuso, en cambio, la recurrencia sexenal del período de tensión que provoca el cambio de gobierno y la posibilidad del sistema político mexicano de desplegar una gran fuerza en los últimos cuatro meses del sexenio, para emprender acciones controvertidas.

Como síntesis de la discusión me quedó el convencimiento de una gran vaguedad en el significado y uso del concepto de "crisis" y el del poco rigor metodológico para cuantificarlas o medirlas. Es decir, se hicieron obvios dos problemas en torno del tema: conceptual uno e instrumental el otro. En respuesta a lo anterior, Camp y yo iniciamos un proyecto conjunto para medir situaciones de crisis. Esta ponencia toma algunos de los avances preliminares de nuestro proyecto.

Establecimos 75 variables de tres tipos: políticas (29), económicas (24) y sociales (22). Diseñamos una escala de calificación de 0 a 99 puntos como suma de la puntuación individual que asignamos a cada una de las 75 variables. Para evadir el problema conceptual de definir la "crisis", optamos por recabar la información de las variables escogidas y ver para diferentes años el resultado de la puntuación. "0" representaría la crisis total y "99" óptimo.

Varias observaciones interesantes se desprenden de las primeras corridas en cómputo que se han hecho del programa. Primero, la suma total de las variables se mantiene entre los 45 y 58 puntos. Segundo, el comportamiento que muestran las variables desagregadas en políticas, económicas y sociales difiere entre unas y otras de manera que compensan y contrarrestan sus efectos. En 1971, por ejemplo, las variables económicas apenas sumaron 35, las políticas se mantuvieron en 48, mientras que las sociales llegaban a los 60 puntos, haciendo una calificación global de 48 puntos. Tercero, la desagregación en corto, mediano y largo plazo muestra a este último con variaciones suaves, notoriamente sostenido entre 48 y 58 puntos y con una leve tendencia ascendente; el mediano plazo también aparece de variaciones más o menos suaves, entre 43 y 54 puntos y con una tendencia más o menos estable; el corto plazo, en cambio, presenta variaciones pronunciadas, entre 40 y 55 puntos y con una leve tendencia descendente.

Independientemente de todas las revisiones y correcciones que se deben y pueden introducir al programa para afinar los resultados cuantitativos, es posible anticipar algunas notas cualitativas. Primero, no parece adecuado hablar de "crisis del sistema" cuando alguna de sus partes muestra dificultades, si las restantes pueden intensificar rasgos compensatorios. Segundo, los quince años que van de 1961 a

1976 no muestran quiebres tan abruptos ni alzas o caídas tan marcadas en los indicadores estudiados como para reflejar o fundamentar los períodos de discursos triunfalistas o catastrofistas en lo político, académico, periodístico o empresarial que ha experimentado México. Tercero, la persistencia de una tendencia ascendente en las variables de largo plazo pareciera transmitir al sistema en su conjunto una especie de solidez estructural, que le ha permitido resistir los embates de la circunstancia en mejores condiciones que al resto de los países latinoamericanos.

Con lo hasta aquí revisado parece necesario establecer algún concepto operativo de “crisis” y “transición” para poder avanzar la discusión. Por crisis vamos a referirnos tentativamente a “una perturbación severa del funcionamiento del sistema en su conjunto, que nos lleve a situaciones nuevas difíciles de controlar y de prever”, mientras que por transición entenderemos los “cambios graduales del funcionamiento del sistema en su conjunto, que nos lleven a situaciones nuevas relativamente controlables y previsibles”.

En ninguna forma pretendemos sugerir definición alguna de “crisis” y “transición”. Ya Gastón García Cantú (1983) nos recordaba las dificultades de intentarlo en su revisión de 12 significados genéricos. Únicamente buscamos un punto de referencia en el análisis.

De los conceptos anotados, parece necesario encontrar 2 elementos para hablar de crisis: 1) perturbación severa y 2) situación nueva difícil de controlar y de prever. La pregunta que aquí se impone es entonces si el período que se inició en febrero de 1982 y que llega hasta hoy, presenta tales características. El resto de esta ponencia se orienta a revisar los elementos que nos permitan hablar de una “perturbación severa”, así como la existencia de pautas analíticas sobre la previsibilidad de la “nueva situación” de la banca nacionalizada. De la comprobación de lo anterior, podremos intentar concluir si estamos encarando una transición o una crisis.

Repasemos muy rápidamente los acontecimientos que en alguna forma contribuyeron a la situación actual. Como reacción a la devaluación de 1976, José López Portillo propuso al país que dividiría su sexenio en 3 etapas de 2 años cada una: 1) superación de la crisis (1977 y 1978); 2) consolidación de la economía (1979 y 1980); y 3) aceleración del crecimiento (1981 y 1982). La hiperbonanza petrolera provocó que para 1980 el crecimiento ya se hubiera desbocado, pero con la misma vertiginosidad se derrumbara.

De 1981 destaca junio, cuando PEMEX redujo el precio del petróleo de exportación y presentó la renuncia su director, Jorge Díaz Serrano. En julio, ALFA, el consorcio industrial de Monterrey, recibió una negativa de financiamiento en dólares que desembocó en el con-

trovertido crédito de 17 mil millones que le otorgó después BANOBRAS. En ese mismo mes de julio, reapareció “la desconfianza” que obligó a López Portillo a emitir dos conferencias de prensa, en un ambiente progresivamente inquieto. El comunicado México-Francia sobre El Salvador en agosto y la visita de Castro fue, para algunos, motivo de preocupación. Igualmente, la anticipación de anunciar en septiembre la nominación de Miguel de la Madrid Hurtado, que se pretendía hacer después de la Reunión Norte-Sur de Cancún, acusaba un incremento en la pérdida de control.

1982 se inició con la devaluación de febrero y el cambio de titulares de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y el Banco de México, en marzo. En mayo, López Portillo hizo una extensa explicación televisada de los “problemas de liquidez”, pero ausencia de crisis económica, con el ánimo de frenar la fuga de capitales. La falta de éxito en ese propósito condujo al establecimiento de una doble paridad cambiaria en agosto, que desembocó finalmente en el control generalizado de cambios y nacionalización de la banca, anunciados el 1 de septiembre.

1983 puede resumirse en la apertura de una política económica que se inició con el Programa Inmediato de Recuperación Económica de 10 puntos y posteriormente en el detalle del proyecto gubernamental que hace el Plan Nacional de Desarrollo presentado en mayo. En el ámbito político destacan algunas desavenencias del gobierno con la CTM y la pérdida del PRI en las elecciones de Chihuahua y Durango, que marcaron una importante llamada de atención. Por último, en lo social, el combate a la corrupción, “la renovación moral de la sociedad”, llegó a Díaz Serrano, el ex director de PEMEX.

Retomemos las preguntas planteadas arriba: ¿Podemos hablar de una “perturbación severa” en el breve marco histórico apuntado? ¿Fue imprevisible la “nueva situación” post-1981? ¿La nacionalización de la banca, el más destacado acontecimiento del período bajo análisis, modificó la actitud y opiniones de la población como para considerarla “perturbación severa”? ¿Naufragó la confianza en el sistema? ¿La perspectiva económica de los empresarios se tornó aún más incierta? Tres sondeos de opinión pública realizados en noviembre de 1982 y abril y julio de 1983 nos pueden ayudar a responder estas interrogantes.

La nacionalización de la banca, lejos de haber provocado una reacción de rechazo como algunos medios de comunicación quisieron presentarlo, incrementó en forma notoria el apoyo de la población al gobierno. La encuesta de noviembre marca un 62% de opiniones favorables, 21% desfavorables y 17% sin opinión sobre la nacionalización de la banca. Al desagregar por estratos el resultado anterior, en-

contramos que las opiniones favorables alcanzan cifras tan altas como el 82% de los funcionarios públicos, el 70% de la burocracia y el 69% de los profesionales. Pero lo sorprendente es que, aun entre los dirigentes empresariales e industriales, los dos estratos que mostraron menos entusiasmo en los resultados de la encuesta, sus opiniones favorables llegaron al 52 y 51%, respectivamente. Con base en los resultados anteriores, no parece adecuado conceptualizar la nacionalización como “perturbación severa” —en términos sociales— sino todo lo contrario.

Por otra parte ¿naufragó la confianza en el sistema? La respuesta tampoco parece negativa a juzgar por el sondeo de abril de este año: 55% de simpatizantes del PRI, 10% del PAN, 4% del PSUM, 26% de ningún partido y 5% de otros. Respecto al sistema educativo: 75% de opiniones favorables, 13% desfavorables y 12% sin opinión. En cuanto al lema mexicano de “no reelección”, 82% lo apoya, 7% lo rechaza y 11% sin opinión. En forma similar, 80% está en contra de que la Iglesia participe en política, 10% a favor y 10% sin opinión. La opinión pública sobre la deuda externa de México no deja duda: 82% en contra, 7% a favor y 11% sin opinión.

Finalmente, ¿es incierta la perspectiva económica de los empresarios? A juzgar por la encuesta económica de julio, tampoco. Los promedios ponderados, tanto globales como por los 8 sectores económicos en que se desagregó el sondeo, señalan que los efectos de la política económica de los últimos 6 meses han sido de neutros a ligeramente negativos. En tanto que las medidas a tomar por los empresarios en el segundo semestre de 1983 se muestran de mantenimiento a incrementos positivos. Es decir, la opinión del pasado es moderadamente negativa y la del futuro moderadamente optimista. En ningún caso se encontraron opiniones erráticas y dispares. Los indicios que hemos revisado someramente no apuntan al hallazgo de la “perturbación severa” que requerimos como primer elemento del concepto de crisis. Nos resta dilucidar si la situación actual era o no previsible.

En 1980 decíamos en otro trabajo (Basáñez, 1981: 207-209) que las dos alternativas extremas del crecimiento capitalista dependiente habían sido desechadas. Es decir, el retorno a la exportación de productos primarios o la entrega a la transnacionalización y mercados externos. Sin embargo, afirmábamos que quedaba por verse cuál sería la definición de rumbo económico. Después de presentar 8 alternativas económicas hipotéticas, llegábamos a la conclusión de que: 1) el país avanzaba hacia un capitalismo de Estado (por el peso relativo del sector público); 2) vacilante entre orientar el modelo hacia el desarrollo de la planta industrial con base en la sustitución de importaciones de bienes de capital (fase 3 del modelo tradicional) o hacia

el desarrollo agroindustrial, y 3) avanzando el gobierno hacia el manejo de paridades y divisas, así como control de cambios (autonomía financiera). Esta última decisión, afirmábamos, “podría fácilmente consumir la década actual”.

Este breve repaso a las reflexiones que ya en 1980 estaban presentes en torno al control de cambios y —veladamente— a una nacionalización bancaria, no tiene más propósito que destacar que la situación que México ha vivido a partir de 1981 no era del todo imprevisible. Esto, pues, debilita el segundo elemento requerido para configurar nuestro concepto de “crisis”.

Llegado este momento, nuestra propuesta es en el sentido de que los fenómenos ante los que nos enfrentamos son parte de un proceso de transición y no de una crisis. Transición, por otra parte, que reconoce su inicio en 1970, a partir de la fase 2 de la industrialización sustitutiva de importaciones, o sea de bienes intermedios (Basáñez, 156). Aceptar que estamos frente a una transición (cambio gradual hacia una situación nueva, relativamente previsible), nos impone la obligación de intentar plantearnos escenarios que nos anticipen los futuros probables. La nacionalización de la banca no define la salida de la transición, pero sí concede al país un mayor grado de autodeterminación para decidirla. La salida de la transición no requería forzosamente de la nacionalización, pero efectuada ésta, sí permite acelerar la salida. Sin embargo, los acontecimientos parecen indicar que en esta búsqueda de rumbo el comportamiento de la economía internacional está operando, en mayor medida que los eventos nacionales, como detonador de situaciones que eventualmente conducirán a definiciones.

Continúan quedando dos posiciones intermedias: pasar a la tercera fase de la industrialización sustitutiva de importaciones (es decir, sustituir la producción de maquinaria de bienes de capital, destinando particularmente la producción al mercado internacional) o promover el desarrollo agroindustrial (es decir, un desarrollo con base en el mercado interno y destinado a promover los recursos naturales del país) (véase, Levy y Székely, 1983).

¿De qué depende la definición del rumbo? Parece haber dos factores determinantes: por una parte, las condiciones objetivas del panorama internacional y nacional; por otra, la percepción de ese panorama por parte de quienes toman las decisiones. El panorama internacional puede tener una situación de apertura y estimulación económica o, por el contrario, puede tener una situación de cerrazón y de dificultades. Si México percibe las condiciones en el exterior como favorables, lo más probable es que se prosiga con la tercera fase de la industrialización por sustitución de importaciones. Si se estima que son desfa-

vorables, posiblemente impulsará el desarrollo agroindustrial. No hay signos externos suficientes para dilucidar este interrogante. La transición que se inició en 1970, parece seguir abierta.

Bibliografía

Basáñez, M.: (1981), *La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980*, México, Siglo XXI.

García Cantú, Gastón: (1983), "Crisis y Crisiología", en *Excelsior*, 4 de febrero.

Levy y Székely: (1983), *Mexico, Paradoxes of stability and change*, Boulder, Colorado, Westview Press.